



## Pier Paolo

Soy el perro del ornitólogo. Un hombre que hizo contratos con el ejército y otros tantos con una farmacéutica alemana. Viudo y huérfano, antes le decían doctor. Ahora se dedica a observar aves. Ya no me habla. Con el alba se despierta a mirar los pájaros, se retira a su estudio antes de las diez y reaparece con el ocaso, igual, a contemplar aves. Como mis tertulias con él han llegado a su fin, me limito a organizar cada día mis memorias echado a la sombra de un mandarino: hijo de una perra criolla, mi futuro era la manada y la muerte por el tráfico o el hambre, hasta que el azar nos cruzó cuando una de sus estudiantes se enterneció con mis ojitos de cachorro desamparado y me llevó a un apartamento donde el ornitólogo desnudo la esperaba entre las sábanas. “Eso todavía no, amor, soy una aficionada al sadomasoquismo en periodo de adiestramiento”, y antes de que las cadenas terminaran su trabajo, la estudiante salía corriendo semidesnuda envuelta en lágrimas y me quedaba a solas con el hombre.

Esa noche nos vimos una película de Pasolini y de ahí mi nombre: Pier Paolo. Fue una alianza a primera vista. Con la primera píldora las puertas de la percepción canina llegaron donde nunca habían estado. Vi la parte del todo de un fractal, un mandala de orquídeas y helechos, una serpiente alrededor del sol comiéndose su cola, la luz de una estrella muerta y un viejo Hermes Trismegisto. Con la segunda abracé el lenguaje y con él la angustia. Hubo tres más, en el plazo de muchos años y hoy me parte el corazón saber que la geometría nunca alcanzará la metafísica.

Ahora vivimos en una finca y me consuela saber que puedo hablar con los fantasmas. Por lo menos con dos. La niña y la perra. La niña es adorable: a veces se cree super moderna y trae el cabello teñido de púrpura; juega con una mazorca a chatear con un noviecito por WhatsApp. Otras veces, en cambio, se le sale la tristeza, con la lengua en la mano, anda por ahí sin cabeza, escurriendo litros de sangre por la entrepierna. “A mí esos hijuemadres me mataron muy feo” y se echa a llorar, pero sus gritos levantan a todos y la dejo un ratito para aguzar el susto a los vecinos y después le digo que se calle, que eso pasó hace como cincuenta años y que lo que logra es que se alborote la perramenta a ladrar y aullar toda la noche y eso si saca de quicio al ornitólogo.

Esta mañana llegó la vecina a decirle al ornitólogo que era yo el que me estaba robando los huevos. Regalo, la perra fantasma en algún momento me guió entre la cerca que separa la finca del camino, me indicó la abertura que hay entre el muro y los galpones, el silencio que reina en la noche entre las gallinas ponedoras. Y desde entonces juego a ser zorro, a escurrirme entre la viruta, a esconderme entre los cafetales, a enterrar los huevos en la tierra batiendo la cola. Me paro entre el ornitólogo y la vecina y levanto mi pata delantera derecha, lo que mi dueño entiende de inmediato y saca un billete de los grandes, se lo estira a la vecina y le da la espalda.

Salimos con regalo y hemos vuelto con un huevo azul, la virtud de una gallina viejísima que si nos ve ni se inmuta y cede el fruto de su vientre con familiar docilidad. Volvemos debajo de los alambres por el mismo camino. Ningún perro nos olió, ningún chamizo seco nos delató. Al llegar al mandarino a escarbar por los huevos, vemos al ornitólogo venir del escampado directo hacia nosotros. Pero él solo me ve a mí. La niña ve la escopeta y reproduce el acto de su muerte a manos de los chulavitas. Como que la cogen de un brazo, la cogen del otro y hace que algo le tapa la cara, se sube la falda y el vientre se le retuerce un rato largo, hasta que se le cae la cabeza y grita, grita tan fuerte que los perros ladran. Pero el ornitólogo no se inmuta. “De usted esperé algo mejor, Pier Paolo, pero la impureza de su raza no la arregla ni la ciencia”. Entonces escarbo la tierra con todas mis fuerzas sin mirarlo porque mis ojos se quedaban con mi colección de huevos y pienso que nunca nacerán. Dejo caer el huevo azul que llevaba entre mis dientes y antes de que el disparo me estalle las costillas emergeré de nuevo entre las piernas de mi madre, para que mi destino de perro se cumpla, para ser solo instinto y olvidar mi vida de hombre, porque no quiero ser un fantasma por el que los perros ladden en la noche.

Juan Pablo Ortiz Marín



## Antes del relámpago

En la puerta del restaurante, de pie, bajo en tenue farol, está una hermosa anfitriona vestida con un qipao estampado de grullas blancas y flores de cerezo, preguntándole a tu padre la cantidad de personas con las que desea compartir la mesa. Pregunta protocolaria, es evidente que la mesa es para tres: tu padre, tu madrastra y tú; aun así, papá contesta con una sonrisa “mesa para tres, por favor”. Ingresando por unos monumentales portones de madera gruesamente enchapados, ves que las luces tenues transforman en sepia el ambiente y de fondo, sin precisar de dónde, alguna canción de cool jazz remata el aire galante del salón. Botellas de vino y vodka geoméricamente dispuestas, todas reflejadas en anaqueles con espejos, acomodadas una y otra vez por el hombre del bar que te mira de soslayo el escote. Antes de ir a la mesa que les ha escogido una mesera altísima y de cabellos tinturados, ves la cocina cargada de un gran ajeteo. El hombre del sushi enrolla rápidamente sin dejar de mirar los papelitos que salen de una impresora al alcance de su mano. Una mujer revuelve enérgicamente una gran olla con densos vapores y un chico de tu edad maniobra con pericia en una paila gigante algo que te parecen tallarines. Es el wok y lo que ves es el legendario wok hei de Valeriano Salas, la razón por la que tu padre escogió este restaurante en un día tan especial: es tu grado de ingeniera. Pero Valeriano se ve peor que el tipo del sushi con la frente húmeda y la lengua por fuera. Ya en la mesa, algo te llama la atención en la carta: Sushi Special: ½ california, sashimi+nigiri. Pero tu padre ya está escogiendo por ti: pad thai. Nada que hacer, se venía venir. Ves la carta, el pad thai es al wok. Por tanto, un hombrecito minúsculo y con acento paisa, que no ha hecho más que gritar desde que llegaste, le dice a Valeriano Salas que “marcha pad thai con camarones y pollo” y ves que las gotitas de sudor en la frente de Valeriano se multiplican. Algo te distrae, es un lenguaje raro en la puerta, una voz de otro mundo, un chino (el prejuicio, siempre el prejuicio, porque podría ser japonés o coreano) ingresa atropelladamente por los portones de madera gruesamente enchapados y en ese momento (un momento que tanto se parece a una vieja serie de televisión a blanco y negro) tu padre pregunta dónde está el baño. Tu madrastra se pone a gritar porque afirma haber visto una araña negra pasando por el mantel blanco. El chino le hace señas y reverencias a la anfitriona vestida con el qipao. Valeriano Salas grita horriblemente y en la cocina rápidamente todo es confusión. Al mismo tiempo tu madrastra brinca berreando desesperadamente de la silla. Tu padre sale del baño y se acerca, curioso, a la cocina donde reina una agitación terrible y se ofrece a llevar al pobre muchacho que se ha quitado un dedo. Tu madrastra se desmaya, pero alcanzas a amortiguar el golpe de la caída con un movimiento certero, entonces pones en marcha todo lo que sabes de primeros auxilios, pero el chino ya te está ayudando, le acomoda un frasquito de vidrio diminuto a tu madre a orillas de las fosas nasales y tu madrastra vuelve en sí, confusa, aturdida, y el chino, a lo Bruce Lee, te colabora levantándola de un tirón y juntos la sientan en la silla donde estuvo antes. Sientes un tenue olor a gas. Tu madrastra, temblorosa, agarrándote de la mano, te dice que tuvo la impresión de haber visto una horrible araña, entre el frasquito de la salsa soya y el florero, pero la atención en tu madrastra se desvía vertiginosamente a un barullo que viene hacia ustedes. Tu padre pide que le abran camino y junto con tres o cuatro cocineros llevan al pobre Valeriano Salas agarrado de su impecable uniforme blanco bañado en sangre. La anfitriona y los meseros dan complicadas a los comensales asustados. Los cocineros que no se fueron con tu padre se asoman al salón y entre murmullos hablan de lo sucedido. La mesera altísima y de cabellos tinturados se acerca a la mesa y le ofrece a tu madrastra un vaso con agua y servicio de taxi si es preciso. Tu mirada se cruza con la del chino. Se sonríen. Tu madrastra, con una discreta sonrisa, le explica a la mesera que no, que no es necesario, sonrojándose aún más y levantándose de la silla para colocarse junto a una lámpara de pie cuello de cisne. Le dices al chino, como excusándote, que tu madrastra creyó haber visto una araña en la mesa. Oh, sí, pelo si hay una alaña en la mesa, dice el chino sonriente, señalando con el índice en medio del frasquito de la salsa soya y el florero. Tu madrastra, enloquecida, salida de sí, sin dejar de gritar, toma la lámpara cuello de cisne y la estalla contra la mesa explotando en un único chispazo que se hace infinito en los blancos dientes del chino porque a nadie, nunca, jamás se le ocurrió cerrar la perilla de la estufa donde Valeriano Salas hacia maravillas con el wok.

Juan Pablo Ortiz Marín